

PA´ QUE COMAN LAS ALMAS

“..... - ¿ Y por qué ?
- eso es lo que digo yo, digo yo, ¿por qué ?
costumbre.

Don Pancho tampoco sabe por qué, sólo repite el rito repetido mil veces, el gesto que permite que el universo siga con su danza.... ”

Costumbre, repetición a lo largo del tiempo.

Rito.... gestualidad que transforma la materia, que nos la representa, inmersa en el espacio sagrado, convertida en el alma de sí misma. Rito que sujeta y asienta el universo en su lugar, que lo significa día a día delante de nosotros.

Ese rito que es capaz de darle de comer a las almas de los vivos y de los muertos.

Pero... ¿qué comen las almas? ¿Cuál es el alimento capaz de saciarlas? ¿Cuáles son los ingredientes que pueden lograr el milagro de satisfacer su hambre?

En el transcurso de los siglos hemos tratado en vano de encontrar la respuesta definitiva. En su búsqueda hemos probado una y mil veces, elaborando y transformando la materia: piedra, madera, tierra se han sucedido en esa obsesión amorosa entregándose a las manos creadoras del hombre para alimentar siquiera el recuerdo de los que siguen partiendo para el gran viaje.

Tal vez aun no nos damos cuenta de que la respuesta estaba en la misma obsesión, hecha de amor y de memoria viva.

Sí, las almas, todas ellas se alimentan de amor y de memoria. De los rituales que se afianzan en el recuerdo, en el re-cordar, es decir en el poner de nuevo en el corazón, aquel don de la presencia del otro, hermano caminante, que ha dejado la huella de sus pasos a nuestro lado.

En un tiempo en el cual nadie quiere pensar en la muerte, este hermoso libro de Claudio Mercado, Patricia Rodríguez y Pablo Miranda nos trae una reflexión lúcida y profunda, basándose en los rituales de la muerte en el Alto Loa.

Sus relatos se van enquistando en nosotros con precisión, con olor y sabor a desierto, como un rosario con cuentas de piedra sin pulir, apenas agujereadas para que el hilo pueda unirlos y así pasar lentamente, desgranándose uno a uno en nuestra conciencia.

¿Pueden antropología y belleza ir de la mano? Estas páginas, sin duda alguna, nos contestan que sí, que es más que posible. Los textos se entrecruzan, los de los protagonistas y los de los autores, en un tejido armónico, en una suerte de aguayo con olor a ahumado y a sudor de llamo.

Lo más sorprendente es, tal vez, la capacidad de escucha de los autores que se vuelven, en largos pasajes del relato, apenas unos testigos atentos a la evidencia de los hechos. No se necesitan elaboraciones sofisticadas ni imágenes impactantes.

Pareciera ser que el ritmo del desierto y de las soledades más duras se adueña de aquellos que, sin proponérselo e incluso tratando de mantener una distancia prudente de ese mundo, objeto de su investigación, se ven absorbidos irremediabilmente por una atmósfera cargada de misterio y de resonancias que los involucra con toda su subjetividad.

El alcohol vertido sobre la tierra para honrar la Pachamama, las galletas representando animales, los dulces multicolores, las hojas de coca quemadas en los carbones, despidiendo su olor acre, el cuerpo del difunto o de la difunta ataviados con sus mejores vestimentas, el perro o la perra sacrificados para servir de lazarillos en la travesía del gran río, me traen como un relámpago, desde las páginas de una antigua revista, la imagen de las hermanas Quispe Cardoso, colgadas de una gran piedra, junto a su perra, autoinmoladas en un suicidio, sin duda ritual.

Veo sus rostros serenos, la prolijidad de sus ataduras, los pequeños fardos a sus pies, con sus ropas viejas muy ordenadas, esperando la mano que las recoja para llevarlas lejos y quemarlas, cumpliendo con el rito

ancestral.

Releo el parte policial del carabinero que las encontró cerca de su pobre casa y que, con espanto, describe con todo detalle la escena mencionada agregando la de sus cabritos degollados, echados muy ordenados, dentro del rudimentario corral.

¿Podremos descifrar algún día ese misterio?

Y si lo lográramos, ¿importaría de verdad ?

A veces el misterio nos pide que no lo intentemos. Que nos conformemos con intuir o imaginar, limitándonos a mirar con atención, a relatar con fidelidad las experiencias sin agregar ni quitar nada, confiando en nuestro rol de testigos...

.....

Es por eso que pienso que lo más atrayente de este libro-breviario, o libro de rezos, es su carácter testimonial, en donde autores y personajes entran en una relación simbiótica que los vuelve, ambos, testigos y actores al mismo tiempo.

De gráfica y edición cuidadas en extremo, se transforma él mismo en objeto ritual, con las fotografías que nos adentran en el mundo onírico de los paisajes y de las cosas; la paja brava, la boca humeante de un horno, una mesa dispuesta para el cierre del duelo.

Muros de adobes como espinazos recostados entre las lomas suaves del desierto nortino.

Nada es ilustrativo, anecdótico. Más bien, se trata de un material hecho de imágenes y de palabras que provoca y sugiere, que exige ojos atentos y mentes despiertas para tratar de desentrañar, más allá de los signos concretos que lo representan, ese misterio de la muerte compañera de la vida, presente en nuestros actos y en nuestras historias.

EL color está dosificado y se conjuga con las imágenes de color sepia, que nos traen la sensación de súbito encandilamiento de la

cristalina luz del desierto.

Ese mismo desierto que florece en la alegría de las flores de papel que adornan y cubren las cruces de madera del pequeño cementerio... pan amasado que adquiere forma de mujer, de llamo, de pájaro, y se viste con las iniciales negras de los difuntos...

Todo pertenece a un mundo que se nos ofrece, coherente y sobrio, en su austera belleza.

Podríamos seguir el vuelo de la imaginación durante mucho tiempo, guiados por las páginas, llenas de asombro, de este pequeño y precioso libro; baste terminar estas pocas palabras con lo que sentí cuando lo cerré y me quedé en silencio, mientras se apagaban las imágenes y las voces dentro de mí.

Las almas, saciadas, descansan en paz.

El hombre vuelve a su mundo.

Seguiremos caminando hacia el punto final, allí donde otros hombres saciarán sus almas y las nuestras con el recuerdo y con el amor.

Claudio di Girolamo

Santiago, octubre de 1997